



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 44. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 30 DE OCTUBRE DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



Resulta de nuestros informes, que el pánico ocasionado en la semana anterior entre el comercio por la suspension de pagos de una casa de crédito, y por el anuncio de otras desgracias se ha calmado un poco, aunque no ha cesado del todo. Principiase á concebir esperanzas de mejores tiempos, y los fondos públicos se reponen.

Mucha parte de esta situacion angustiosa en que se encuentra, no solo la España, sino toda la Europa, se debe á la imprevisión y estrecho egoismo de sus diversos gobiernos, los cuales, pudiendo y debiendo hacerlo, no han hecho cesar de una vez la guerra desastrosa y brutal de los Estados-Unidos. Despues del martirio de la Polonia, que los gobiernos europeos consienten con una ceguedad sin ejemplo y un miedo sin rubor, nada hay mas vergonzoso para la Europa que la tolerancia que mira cómo se degüellan mutuamente los Estados Norte-Americanos, y cómo los generales de una y otra parte mandan llevarlo todo á sangre y fuego en los países donde ponen el pie sus ejércitos. Segun las noticias que tenemos de aquellos países, tales ejércitos son todavia mas destructores que los de Atila, porque no solo queman los edificios, sino tambien los frutos y las mieses, y convierten en desierto los sitios donde ponen el pie. De ellos puede decirse lo que del caballo del rey de los Hunos: ellos son el látigo que la Providencia ha tendido sobre la América, y cuyas puntas han venido tambien á sacudir nuestras espaldas. Como en este siglo todo está enlazado en el mundo, una guerra en cualquier punto del globo produce cuando se prolonga las mas hondas perturbaciones en los demás. Las inmensas é incalculables pérdidas que ha experimentado

la América, asi en el Norte, como en el Centro y en el Sur, han producido su efecto en Europa, donde han obrado de rechazo con una fuerza capaz de producir los efectos que hoy presenciamos.

Como no se puede ocultar á la perspicacia de los hombres que dirigen los negocios públicos en los diversos países la verdad evidente del íntimo enlace que en la época actual tienen los intereses de todo el mundo civilizado, cuanto mas reflexionamos, mas sube de punto nuestra extrañeza al ver la imposibilidad con que la Europa ha dejado prolongarse la guerra americana.

Una guerra como la que sostienen los Estados antiguamente Unidos, del Norte, no es, por mas que se diga, un asunto exclusivamente suyo. Lo seria si estuvieran aislados; lo seria si fueran tribus de patagones sin relacion ninguna con otros países; pero sus íntimas y multiplicadas relaciones con Europa hacen de la actual guerra un asunto de interés universal. En el estado avanzado de civilizacion que alcanzamos, la Europa no puede ni debe permitir que la guerra civil en un país dure mas de dos años. Al cabo de ellos debe requerir á las dos partes beligerantes que cesen en sus desavenencias por medio de un arreglo, ó debe intervenir para obligar á ambas á hacer la paz. Un Congreso de naciones para intimar al Norte y al Sur de los Estados-Unidos la cesacion de las hostilidades, seria un gran paso dado en la senda de la civilizacion universal. Si por ejemplo, habitamos el cuarto de una casa, y dos vecinos nuestros riñen, llevando sus odios hasta el punto de impedir á todos la salida á la calle ó de incendiarse mutuamente las habitaciones, es indudable que nosotros, que al principio los dejamos reñir, tenemos derecho á obligarles á vivir en paz. Esto es lo que sucede en los Estados americanos del Norte: el incendio llega á nuestras puertas; estamos hace cuatro años sufriendo las consecuencias de sus disensiones; y ya hace tiempo que se les debiera haber obligado á transigirlas.

Por no haberse hecho asi, lamentamos hoy terribles calamidades industriales, comerciales y de todo género, y quiera el cielo que no tengamos que lamentarlas mayores.

En medio de este pánico, aparece hoy un folleto en defensa y esplicacion de una idea altamente civilizadora. No sabemos si la presente ocasion es la mas propicia para allegar los capitales y la proteccion de que esa idea para su ejecucion ha menester; mas no por eso dejaremos de aplaudirla y sostenerla como gloriosa para

su autor, beneficios á la humanidad en general, é interesantísima á los españoles particularmente. Hablamos del proyecto de unir á Europa y América por medio de una línea telegráfica. En 1858 los ingleses consiguieron tender un cable telegráfico al través del Océano Atlántico, y la Europa estuvo por espacio de dos meses en comunicacion instantánea con el Nuevo Mundo; mas al cabo de este tiempo el cable cesó de funcionar, y desde entonces las tentativas hechas con el fin de unir los dos continentes, no han llegado á madurez. El señor don Arturo Marcoartú, ingeniero de caminos, publicó en 1855 y 1857 sus primeros estudios de un cable ibero-americano; en 1862 solicitó la concesion provisional para establecerle, despues de lo cual salió para América, donde ha continuado sus gestiones y hoy se encuentra en Madrid solicitando la proteccion del gobierno para su empresa. En el folleto de que antes hemos hablado, esplica el señor Marcoartú los diferentes proyectos formados para unir á Europa y América, y defiende con escelentes razones y copia de datos el suyo, que consiste en tender un cable que partiendo de la Península ibérica, bien en Cádiz ó en Lisboa, se dirija por las islas de la Madera, Canarias, Cabo Blanco y Cabo Verde, á Penedo de San Pedro; y de allí á Fernando de Noroña, Cabo de San Roque, las Amazonas, Trinidad, Puerto-Rico, Santo Domingo, Cuba y Nueva-York. Este trayecto es sin duda preferible al del Norte, porque toca en países de mas recursos, y porque las distancias parciales son mas cortas y menores tambien las profundidades del Océano. El señor Marcoartú cree que podrá llevarse á cabo con un capital de 130 millones de reales; y si se consideran las inmensas ventajas que el establecimiento de este cable habia de reportar á la empresa que lo construyera, no puede creerse excesivo el capital de que se trata.

No consideramos nosotros difícil la reunion de ese capital, si el gobierno, por medio de un proyecto de ley que presente á las Cortes, propone la concesion de la línea y la de un interés fijo á los fondos que se empleen en ella. Formada con esta garantía una sociedad por acciones, creemos que aun sin contar con el auxilio de Inglaterra y Francia, auxilio que tendria sin duda alguna, solamente con el que pudieran darle los capitales de España, Portugal, el Brasil, los Estados-Unidos y las repúblicas hispano-americanas, habria medios abundantes de llevar á cabo la obra.

Esta, por lo demás, como todas las empresas útiles

tendrá siempre nuestro decidido apoyo en aquella parte á que nuestra reducida posibilidad alcance.

Ya que hablamos de América, diremos que el último correo nos ha traído la fausta noticia de haberse entrado en preliminares de paz con los insurgentes de Santo Domingo. Quiera el cielo que la paz llegue á consolidarse de un modo estable que evite nuevas desgracias y desembolsos. En cuanto al Perú, aquella gente belicosa parece que nos ha declarado la guerra en el papel, en varias proclamas y en elocuentes discursos. Sentimos que aquellos descendientes de españoles se encuentren tan degenerados.

El doctor don Pedro Gonzalez Velasco ha publicado una *Reseña histórica* de sus trabajos anatómicos y de sus visitas al extranjero. Hemos leído con gusto esta reseña, escrita en estilo sencillo, con el acento de la verdad y al través de cuyas frases se descubren los graves disgustos y sinsabores porque tiene que pasar en España todo el que comienza á plantear una idea nueva y se empeña en desarrollarla desnudo de toda protección y contrariado por la envidia. En el doctor Velasco, amigo nuestro desde la infancia, hemos hallado siempre dos cualidades importantes, sin hablar de las otras prendas que como particular le adornan. Estas dos cualidades son un grande amor á la ciencia y una constancia infatigable. Con ellas ha vencido muchos obstáculos, y con ellas estamos seguros de que vencerá todos los que aun se le presentan para realizar por completo y con envidiable gloria suya, la idea de dotar á nuestro país de museos anatómicos dignos de competir con los mejores de Europa. No tenemos espacio suficiente para hacer un detenido análisis de su folleto; pero le recomendamos á todos los profesores de la ciencia de curar, y singularmente á los especialistas para que observen cómo á fuerza de trabajo, constancia y afición al estudio se alcanza la gloria individual y se da lustre á su patria.

Después de la silba de la semana anterior, no ha vuelto á abrir sus puertas el Teatro Real, permaneciendo retraído hasta encontrar una compañía que dé mas gusto al público. Convienen todos en que, generalmente hablando y salvas las debidas excepciones, la compañía antigua era mala; pero M. Bagier dicen que ha prometido enmendarse.

Los teatros han continuado representando las obras nuevas de la semana anterior, á escepcion de aquellas que naufragaron en las primeras noches. En la Zarzuela se representa la comedia del señor Marco *¡Cómo ha de ser!* y en el Príncipe, *Las cañas se vuelven lanzas*. Aunque ambas han sido con justicia aplaudidas, no son de lo mejor que respectivamente han escrito sus autores.

En *Las cadenas de oro*, que se representa en el Circo, la música cubre con un manto brillante las imperfecciones del libretto. En la ejecución se distingue la Toda. El gracioso Fernandez nos hace poca gracia.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL DIA DE DIFUNTOS.

I.

Diga lo que quiera mi fe de bautismo, yo soy viejo, muy viejo, tanto que creo que me he muerto y estoy fingiendo que vivo porque no me entierren. Por lo menos os puedo asegurar que cuando murió mi padre, que se aproximaba á los 70 años, era mas joven que yo. No creais que bromeo. La vida considerada físicamente no es mas que una combustion, en unas hogueras mas lenta y en otras mas rápida. Haber vivido mas es haber ardidado mas; y ¿cómo vais á guiaros por el reloj para saber, sin hacer entre las dos sustancias diferencia alguna, cuánto han ardidado un monton de pólvora y una antorcha?

Los años de mi vida están escritos sobre lápidas de mármol que cubren las cenizas de personas á quienes he amado, mejor dicho, que cubren pedazos de mi corazón, pedazos de mi propia vida, porque nuestra existencia es doble; vivimos en nosotros mismos y en todo lo que nos rodea, y yo vivo mas en lo que me rodea que en mí mismo; de modo, que cada persona querida que se me muere es un miembro de mi vida de relación que pierdo; desgracia grande para quien se asemeja al toxicosendo que mata con su sombra, y á los genios del fuego que destruyen lo que abrazan.

«Mi padre un valiente, mi madre una santa.»

Como decia yo en no sé qué versos, que ignoro si entregué á ese torbellino que tantas hojas del árbol de nuestro corazón se lleva, y que llamamos publicidad, han sido á mi presencia encerrados en la tierra como granos que el labrador arroja en el surco abierto por su arado. Muchos amigos de mi infancia han seguido el mismo camino.

.....
Mi general en la vida pública, mi hermano mayor en la vida privada, aquel cuyo recuerdo es para mí una

religion, aquel cuya grandeza de alma no comprenderá nunca suficientemente el público, y que yo mismo me acuso de no haber comprendido por completo hasta que habiéndonos faltado he visto lo que faltaba, no solo á mí, sino á la órden política cuyo hábito visto, descansan en un cementerio; y tú, desdichada Elena, hermosa como el primer albor de la mañana, pura como la gota de rocío recogida en el cáliz de una azucena, tierna y amorosa como un himno de los ángeles que tanto amor tienen en sí, porque tanto tienen de Dios, modesta como la violeta que nace al borde del camino, tímida como las flores que solo abren su perfumado cáliz en la oscuridad, inflexible como la conciencia, indulgente como una madre, tú tambien duermes en la tumba que ya no tengo lágrimas para regar! Tu historia es una elegía que quedará olvidada en el fondo del tiempo, como quedan tantas perlas en el fondo de los mares. Subiste lentamente á tu calvario llevando en los hombros una cruz harto pesada, y si tus lágrimas se asomaron involuntariamente á tus ojos, y si sudaste sangre como Jesús en el huerto al recibir de manos del ángel triste el cáliz de la amargura, ningun suspiro entregó á la publicidad tu orgulloso corazón. Tú, que fuiste coronada de espinas y crucificada y herida en el costado por una lanzada ciega, te llevaste al sepulcro tu dolor todo entero, como un tesoro, y en aquella inolvidable noche en que solo junto á tí, apoyado el codo en el borde de tu féretro y la frente en la mano, te estuve contemplando á la rojiza luz de los blandones funerales en una oscura capilla, sin acordarme de que pasaban las horas, de que me habia dejado en aquella postura el sol de un día, y me encontraba en la misma el sol del siguiente, cuando te preguntaba mi alma si descansabas al fin, y si te acordarias en los cielos de tu hermano de eleccion, tus negros y grandes ojos, contra los cuales fue impotente la muerte misma, pues ni pudo eclipsar su luz ni cerrarlos por completo, y aquellos tus hermosos labios, cada una de cuyas palabras era una moneda de oro para los corazones desvalidos, parecian decirme sonriendo, en un lenguaje extranjero para los sentidos:—«No digas á nadie, á nadie, que he muerto de asfixia moral.»

Yo te habia conocido desde muy niña y habia presenciado los primeros aleteos de tu inteligencia. El cariño paternal que te profesaba, vivia en mi corazón como un nido de ruisñores en el tronco de una vieja encina. Tu amante, si le hubieras tenido, hubiera sido para mí como un hijo, pues eras para mí una hija y una hermana; tus dolores eran mis dolores, tus alegrías mis alegrías, y precisamente porque los años que corrían entre los dos como un torrente que separa dos pedazos de una roca, impedían que nos amásemos como amantes, mi amistad hacia tí era aun mas viva, mas ardiente y mas delicada que el amor. Tú has muerto sin conocer mi cariño, que ha sido como el del girasol al astro del día; pero hoy estás en el reino de la verdad, en que se descubre el fondo de los corazones, y hoy sabrás cuán puros son estos inciensos que ofrezco á tu memoria.

Elena, hermosa y pura hermana mia, que tantas veces me pediste consejo para dirigir tu nave por los mares de la vida, ahora que formas parte de los coros de los ángeles que envidian sin duda la blancura y la brillantez de tu túnica, y el perfume de tu guirnalda, sé mi ángel custodio en la tierra, y ruega á tu Dios por mí.

II.

Como soy viejo y los años de mi vida están escritos sobre lápidas sepulcrales, soy bastante aficionado á visitar los cementerios, en los cuales me parece que estoy mas cerca de mis recuerdos, mas cerca de la juventud de mi alma, y mas cerca de mí mismo. Las ideas negativas no son ideas; la nada, que es la negacion del ser; el mal, que es la negacion del bien; la muerte, que es la negacion de la vida, no existen para los pensadores; como para los físicos, por la misma razon, no existen el frio ni la oscuridad. Los que se mueren se separan de nosotros, pero no dejan de existir, porque la nada, que no existe, ni puede limitar al ser, ni mucho menos apropiarse parte alguna de él. El cadáver se diferencia del hombre vivo en lo que el capullo abandonado por la mariposa se diferencia del que todavía la encierra. Se dice que un hombre muere cuando abandona su organismo el principio activo é ignorado que preside á la cristalización de la materia humana que se llama concepcion; y ese principio es el hombre, es lo que sentimos persistente en nosotros, en que todo el cuerpo cambia constantemente, de modo que de tiempo en tiempo no nos queda un átomo del traje corporal que nos cubria anteriormente. El cadáver de una persona querida no tiene mas de ella que la casa en que vivió y cuando le visitamos no estamos mas cerca de la persona que cuando no le visitamos, pero hay en nosotros algo que nos impele á buscar objetos materiales para sostener y desahogar nuestros sentimientos; y ese algo, que es el que ha vencido en todos tiempos á los iconoclastas de todos géneros, es el que mueve á la humanidad en general, y á mí en particular, á buscar la compañía de los cadáveres, ya que no podamos la de los que en ellos habitaron. Además, los cementerios son generalmente solitarios, y soy aficionado á la soledad.

Nuestros cementerios son bastante feos. Una cruz de madera, piedra ó hierro en el centro, unos cuantos cipreses, algunas flores y algunos panteones de mas ó menos gusto en torno suyo; cuatro galerías, tras de cuyos arcos se ven las paredes agujereadas por los nichos, á modo de panales, y una humilde capilla en uno de sus lados, tal es el patron de todos. ¿A qué ha de ir allí la gente mas que cuando se lo ordene la costumbre?

Yo no suelo encontrar en los cementerios sino á alguna enlutada que viene á visitar á su esposo ó á su hijo, porque no tiene mas familia en el mundo; algun pobre que viene á pagar en oraciones lo que acaso su protector no hizo mas que por vanidad, y en el cementerio en que yace mi madre, por espacio de varios meses, un pobre perro que todas las tardes saltaba las tapias, daba vueltas como loco por entre las tumbas, las olía todas apresuradamente y con ansiedad; por fin, encontraba una sin lápida, arañaba la tierra con rabia y se estendia sobre ella ahullando desconsoladamente. Poco despues llegaba un desconocido, cogia al perro por el collar, le pegaba y se le llevaba. Desearia ver el cadáver que en aquella tumba se encierra. ¿Si estuviese movido!...

Una tarde del año pasado me sorprendió la vista del camposanto. Estaba tan lleno de gente que me costó trabajo penetrar en él. Llenábanle personas que llevaban el luto en el vestido y la alegría en el semblante, y que habian venido por un camino lleno de pobres, de puestos de bollos y de frasquetes de licor, como el de una romería. Sobre las tumbas, y cubriendo los nichos habia multitud de coronas de flores artificiales como los sentimientos que representaban. Por todas partes blandones y criados con libreas galoneadas de oro, cuidando de ellos. Las campanas tocaban á muerto, las mamás hacian como que rezaban, y miraban si la niña repetia bien con el pollo que la arrullaba la leccion de coquetería que la habian dado; los calaveras en agraz hacian gritar á mas de una pecadora:—«¡Atrevido! aunque otras se callasen por prudencia, mientras distraian á las personas que las acompañaban criticando el traje ó el gesto de las demás. Hablábase entre unos de negocios, entre otros se soltaba algun chiste acerca de la muerte, y si estos decian:—La verdad es que no me gusta venir aquí, porque pensar en que en la tumba hemos de acabar, me entristece; otros murmuraban, llevándose el pañuelo á las narices:—Vámonos, vámonos, que huele muy mal.

No habia leído el calendario, pero al momento lo comprendí todo. Era el día de Difuntos, y por lo tanto, el día en que los habitantes de Madrid se creen obligados á visitar los cementerios y comer castañas y buñuelos, como el día de Noche-Buena á estar alegres y comer besugo. Esto de someter la vida del alma y la del estómago á un programa, pareciera imposible si no se viera que se acepta por todos los borregos de Panurgo. Aquella irrupcion de la moda en el jardin de los muertos, me hizo daño. No hay virgen tan pudorosa como el verdadero dolor, y la ostentacion de las lágrimas fingidas es un insulto á los muertos que ya no pueden defenderse ni pedir reparacion. Sin embargo, me dije, esta es una hipocresía, y la hipocresía es un homenaje que se rinde á la virtud. Este día está consagrado al culto de los recuerdos, y ¿quién sabe? Bajo esa frivolidad aparente acaso habrá verdaderos dolores. El mundo no es tan malo como parece.

Ni aun quiso el cielo que me quedase en el alma esta creencia consoladora.

Cuando salí del cementerio me encontré paseando por delante de la puerta á mi amigo Pepe, una especie de Mefistófeles con levita, cuya conversacion me hace siempre daño, y sin embargo, me agrada, acaso precisamente porque me hace daño.

—¿Qué haces aquí? le pregunté.

—Estoy esperando, me contestó, á una familia que ha venido á visitar el cementerio.

—¿Y por qué no has entrado?

—Porque tuve anoche un sueño que me lo ha impedido.

—¿Crees en sueños?

—No, pero este puede considerarse como una leccion moral. Acompañame mientras sale la familia á quien espero y te le contaré. Acaso te sea de provecho.

Accedí á su invitacion, y hé aqui el sueño que me relirió mi amigo:

III.

Soñaba yo, dijo mi amigo Pepe, encendiendo un cigarro, que en una noche mas negra que la conciencia de mi patrona, caminaba por un bosque cuyos árboles altos, ramosos y desnudos de hojas parecian ejércitos de esqueletos gigantescos que se congregaban en silencio ó cediendo á la evocacion de un mágico, ó para pedir venganza del tirano que los desterró de la vida. El sueño me vencía y me balanceaba á un lado y otro como un arbusto que cede á los impulsos del viento, pero mi caballo temblaba y solo se atrevia á marchar cediendo al impulso de las espuelas. Ese olor extraño y agreste que exhalan los campos cuando la tempestad se aproxima, me incomodaba ciertamente, pero yo no hacia caso como no lo hacia tampoco del calor pegajoso que me abrumaba á la manera de una armadura de hierro can-

dente. Seguía caminando sin saber á dónde, como vamos por este valle de tumbas que se llama vida, y me entretenía en cantar una canción que yo mismo había compuesto.

Suba ó baje la marea,
Amarga es del mar el agua,
Crezca ó mengüe mi fortuna,
Mi vida siempre es amarga.

En tanto los nubarrones, agrupándose en el cielo oscuro como los demonios en un antro del infierno, empezaron á luchar entre sí como una jauría de fieras hambrientas y la tierra empezó á palpar, temerosa como una doncella, arrojada al circo. El agua caía á torrentes, el huracán la sacudía á un lado y otro azotando con ella el bosque como con la cola líquida del caballo de fuego de la tormenta, los rayos y los truenos se sucedían con rapidez, pareciendo querer destrozarse el orbe, y era tal la turbación de la naturaleza, que los tigres y las hienas pasaban por mi lado abullando, y las águilas temblaban como azogadas. En aquel momento llegaron á mí los clamores de una voz humana.

—¡Favor, socorro! gritaba un pobre viejo que á la luz de un relámpago ví que estaba en un precipicio junto á una cabalgadura muerta y al parecer bastante lastimado de la caída.—¡Daré la eternidad á quien me socorra!

—Mala ocasión es para mendigar pan aquella en que todos tienen hambre, dije yo para mis adentros; pero lo que ha de ser será y nada se pierde por intentar obrar bien. Procuremos tender una mano á este buen imitador del portugués que gritaba: «¿Castejo, si me sacas del pozo, te perdono á vida.»

La obra no era tan fácil como parecía; la bajada al precipicio, solo era posible á pie. Dejé el caballo atado á un árbol y comencé á deslizarme por entre las quiebras, apoyándome en todas las asperezas del terreno; pero cuál sería mi terror al observar que lo que me parecían matas y arbustos eran serpientes enroscadas que yacían en una especie de letargo, pero que si se las tocaba hacían algún movimiento con la cabeza y dejaban escapar amenazadores silbidos. El anciano, rotos ambos brazos y una pierna, sin poder moverse del fondo del precipicio, esperaba á cada instante ser víctima de aquellos anales venenosos y su rostro indicaba todo el terror que le inspiraba su situación.

Aunque no he nacido cobarde, aunque soy fatalista y aunque no creo en el dolor ni en la muerte, estoy seguro de que cuando me acerqué al viejo, estaba blanco como el papel. Cogí en brazos sin hablar, y no sé por dónde, con fuerzas y alas que me dió el deseo, subí corriendo á donde estaba mi caballo, allí respiré y el anciano, después de pedirme que le diera de beber de un frasquito que llevaba en el bolsillo, sin duda cediendo á la alegría de verse salvado, se desmayó.

Cuando pasó la tempestad y llegó la mañana, sorprendíome encontrar al anciano, no solo curado de sus heridas, sino rejuvenecido. Apenas representaba treinta años, y sus formas hubieran dado envidia, por la belleza á Adonis, y por la robustez á Hércules.

—Os estraña mi metamorfosis, me dijo sonriendo. Sin embargo, nada más natural. El frasquito que me pusisteis ayer en los labios y que yo no podía coger, por tener rotos los brazos, contenía el elixir de la vida que he descubierto en Oriente. Sin vos hubiera muerto con la vida en el bolsillo; merced á vos, duraré tanto como la creación. Os debo pagar mi deuda. Tomad la receta de mi bálsamo que es harto fácil de hacer, y explotadla por vuestra cuenta. Cumpló mi palabra, pago vuestro auxilio con la eternidad.

En seguida, dejándome un pergamino en la mano, se alejó tan rápidamente, que no solo con mi caballo, sino con la vista, me hubiera sido difícil seguirle.

Quedé envuelto en dudas y confusiones. Algo había oído hablar, algo leído acerca del elixir de la vida. Parecíame imposible que existiese, parecíame imposible, sobre todo, tenerle en mis manos, pero la metamorfosis de aquel anciano, ¿á qué era debida?

Decidme á guardar silencio sobre la aventura y á probar. Hice en el mismo bosque mi elixir, que en efecto, era fácil de hacer, llené con él el frasco de aguadiente que me acompaña siempre en mis viajes, y en el primer pueblo que encontré, llegada que fue la noche, y provisto de una linterna, penetré, saltando las tapias, en el cementerio.

Todo era allí silencio y soledad.

Las estrellas parecían mirarme como jueces; los fuegos fatuos que brillaban sobre las tumbas, me imponían terror.

Pensé en abrir un sepulcro, pero se me había olvidado llevar una piqueta ó una barra. Buscando algo con que conseguir mi propósito, ví que la casualidad me servía. En un rincón del cementerio, sobre varios féretros rotos y junto á una tumba abierta, de donde sin duda habían sido extraídas, había tres momias en perfecto estado de conservación. Era la primera de un guerrero del siglo XIII con su armadura y su espada, la segunda era de una joven y la tercera de un perro de caza, ¿quiénes serían estos señores? me pregunté, y rociándoles con mi elixir, repuse, acaso voy á saberlo.

Pasaron algunos momentos sin que en las momias se

notase cosa alguna de particular; pero en breve observé que, aunque no se movían, su piel empergamada, empezaba á ablandarse, su carne á llenarla, su corazón á latir y abriendo los ojos y mirando á todos lados con asombro, se pusieron al fin de pie la dama y el caballero, y preguntaron: ¿Dónde estamos?

El perro se movió también, se agachó como en emboscada, me miró con ojos feroces y gruñó.

—¡He acertado! ¡he acertado! grité yo loco de alegría, me ha dicho la verdad el anciano, poseo el elixir de la inmortalidad. La muerte ha muerto, ó mas bien, desde este momento será mi esclava. ¡Os he resucitado!

—¡Miserable! exclamaron á un tiempo el guerrero y la dama. La vida es la lucha y el dolor, la muerte el descanso. ¿Por qué has turbado nuestro reposo? ¿Por qué nos condenas á padecer de nuevo? Toda tu sangre no pagará tu culpa y furiosos como tigres se lanzaron sobre mí.

El guerrero sobre todo, desnudando su espada, me acometió con tal furia, que me hubiera traspasado si la mujer no se hubiese interpuesto diciendo:—No le mates, no le mates, eso sería volverle bien por mal. Máteme á mí si es que me amas. A él contentémonos con golpearle y perseguirle todo el tiempo que dure nuestra vida.

Y como yo no tenía con qué defenderme y ellos habían renacido fuertes y briosos, no tuve más remedio que escapar, aunque no pude hacerlo tan de prisa, que el perro que se lanzó sobre mí ladrando enfurecido, no alcanzase á destrozarme una pierna con los dientes.

Si todos los muertos hacen lo mismo, dije cuando llegué á casa y me senté á descansar, el oficio de resucitador es un poco comprometido: no podrá ejercerse sin llevar una armadura y un par de revolvers para defenderse de los resucitados. Pero los que he encontrado serán sin duda escepciones. Todos se mueren contra su voluntad: ¿por qué han de resucitar de mala gana? Verdad es que como nadie sabe lo que es morir hasta que se ha muerto... De todos modos sacaré partido de mi invento, aunque no sea más que para hacerme rico.

Pocos días después era, como hoy, día de Difuntos. Estaba yo en medio del cementerio de una ciudad populosa y todas las tumbas estaban cubiertas de coronas y blandones, dedicados á los esposos tiernos, á los inolvidables amos, á los queridos tíos, por las inconsolables viudas, por los agradecidos criados, por los afligidos herederos.

Tenia yo en la mano el prospecto impreso de una agencia de resurrecciones que acababa de crear y en que había puesto una tarifa de precios bastante equitativa á mi parecer.

Por un tío recién venido de América. 10,000 rs.

Por un esposo viejo. 5,000

Por una suegra. 1,000

Y ofrecía rebaja, según las circunstancias.

La multitud me rodeaba creyéndome loco.

—¡Ay, si fuera verdad que eso pudiera hacerse, decían todos, aunque tuviera que venderme en Argel, resucitaria yo á mi pobre Cornelio,—y yo á mi Tecla,—y yo á mi Canuto,—y yo á mi nuera Bárbara,—y yo á mi tío Silvestre!

—Van ustedes á ver si es verdad, dije yo sonriendo con aire de triunfo y creyéndome más rico que Cresó. ¡Pronto un cadáver!

En el depósito había un niño, traído la tarde anterior, y que todavía no se había enterrado. Acerquéme á su féretro, rodeado siempre por la multitud, y sacando una esponjita mojada en mi elixir, le bañé la cara. El niño comenzó á llorar y á decir:—No quiero dormir, no quiero ir á la escuela! ¡No quiero que me den azotes!

Una mujer salió de entre la multitud, le cogió en brazos y se le llevó diciendo:—¡Fastidio de chicos! ¡no saben más que incomodar! ¡Si no quiero ir al cielo por que hay niños en él! ¡Ya estará contento tu padre y volverá á no hacer caso de mis hijos por tí!

Era una madrastra.

Entre tanto la multitud que había empezado por gritar: ¡Milagro, milagro! me rodeaba con aire amenazador y rugía: ¡Es un hechicero! ¡A la hoguera! ¡A la hoguera! ¡Matémosle ahora mismo!

Me ví perdido.

—Señores, exclamé, esto no es hechicería, esto es un fenómeno natural, mi elixir se compone...

—Que no lo diga, que no hable, gritaron de todas partes.

Y todos se arrojaron sobre mí con tanta furia, que me hubieran matado si un desconocido, en quien después reconocí al viejo que me había regalado el secreto del elixir no hubiera gritado:—¡Dejadle, dejadle, que es invulnerable, mas vale que entremos con él en una transacción.

Cuando se hubo apaciguado aquella tempestad, me retiré mohino á mi alojamiento.

Apenas me había mudado de traje, cuando me anunciaron que un caballero deseaba verme á solas. Entró y reconocí en él á uno de los que más furiosamente gritaban contra mí en el cementerio. Por lo que pudiera ser, metí la mano en el bolsillo y saqué la baqueta de mi revolver.

El notó mi movimiento y me dijo sonriendo con la

mayor finura:—No tema usted nada, vengo de paz á proponer á usted un negocio que espero le convendrá. Soy heredero de un pobre viejo americano que se suicidó hace diez años. Si él resucitase, yo que soy ahora rico, me quedaria sin un cuarto, y él, ¿qué ganaba con vivir? Haria usted desgraciada á una familia sin hacer bien á nadie. Diez mil reales lleva usted por resucitar á un tío de estas condiciones. Tome usted 20,000 y aunque se lo pidan no resucite á mi tío.

Tras este caballero entró una señora aun joven y me dijo:—Soy viuda y me he vuelto á casar; de mi segundo matrimonio tengo hijos y del primero no. Si resucitase mi primer esposo, ¿qué situación seria la mía? ¿qué situación la de mis hijos? Pero nadie está libre de una mala voluntad. Por hacerme daño podría alguien pagarle á usted para que resucitase á mi primer esposo. Tome usted 10,000 rs. y no le resucite.

Y detrás de aquella mujer vino un marido para que no resucitase á su mujer, y detrás una multitud con pretensiones semejantes y pronto tuve la casa llena de oro.

Entonces comprendí la escena del Campo Santo; entonces comprendí por qué habían aplacado á los que se amotinaban contra mí, las palabras del viejo que me vendió el filtro. Los que querían matarme no me creían hechicero; pero querían no correr el riesgo de que resucitase á las personas á quienes iban á llorar al Campo Santo. Entonces comprendí el valor de los dolores que se ostentan el día de Difuntos.

¿Estrañas ahora que no haya querido entrar en el cementerio?

IV.

Pocos momentos después salió del cementerio la familia á quien mi amigo esperaba, y habiéndose él unido á ella, yo me volví solo á Madrid abismado en mis meditaciones.

Evidentemente en el cuento de mi amigo había exageración, pero ¡qué fondo de verdad! El verdadero dolor, se oculta; el que se ostenta es casi siempre artificial. Los que darían su vida por rescatar á algunas personas de la esclavitud de la muerte van á los cementerios los días en que están seguros de encontrarlos solitarios. Los que van en romería á ostentar sus recuerdos, cuando todos los ven, los que necesitan público para llorar, son los fariseos de la religion del dolor, y esos hubieran ido á pagar á mi amigo para que no usase su filtro.

CARLOS RUBIO.

CONGRESO AGRICOLA GALLEGO.

III.

Siempre fue oscura y combatida la cuestión de foros, por lo mismo no nos estrañamos que la discusión del primer tema, se levantase desde el primer momento, anunciándose una discusión larga y empeñada, pues á tanto obligaba la gravedad del asunto, y los grandísimos intereses que se comprometen al resolverla bajo uno ú otro aspecto. Largo tiempo hace que cuantos entienden de las cosas de Galicia y tratan de hallar un remedio á su notorio malestar y postración, buscaron el origen del mal en los foros y subforos, y de aquí el que se pretendiese su extinción. Sin embargo, y aunque en esto parecía no debía haber discordancia, sino en el modo y manera de llevar á cabo la extinción, ya opinando por el *despojo*, ya por la redención, y en este último caso, ya en pro del dominio directo, ya del útil, húbola y grande, como para decirnos que en cuestión semejante todo debe ser anómalo, confuso y contradictorio, puesto que aun hay, quienes después de cuanto se ha escrito contra dicho contrato, después de tantas quejas, opinan de buena fe porque nada se innove, porque no se toque á esta especie de arca santa, en donde á nuestro modo de ver no se encierra, como pretenden algunos, la salvación del país gallego, sino su ignominia.

Hemos dicho que todo en esta cuestión es anómalo, y para que se vea con cuánta razón, advertiremos que algunos de los que sostienen la institución del foro, son los que representan los intereses del dominio directo (hay que decir las cosas con claridad), y los mismos que en tiempos de Felipe III, Carlos II, y Carlos III, defendieron el *despojo*, es decir, la anulación del foro, revertiendo la propiedad al dominio directo. No parece sino que viéndose este último en peligro de muerte, digámoslo así, se defiende como puede y ya que de redimir los foros se trata, (cosa que no puede hacerse en su favor, pues tal opinión que no falta quien la sostenga, es el más inalicable de los delirios), se opone de todas maneras, como tratando de salvar algo de lo que llama sus intereses. La justicia del tiempo no es menos severa por tardía, y hoy el dueño del dominio útil puede ir á buscar sus mejores armas en favor de la redención de los foros, en aquellos papeles que defendiendo la iniquidad del *despojo*, escribían los del do-



EL DIA DE DIFUNTOS.—UN CEMENTERIO DE MADRID.

minio directo, cubriendo sus intereses con la capa del bien público.

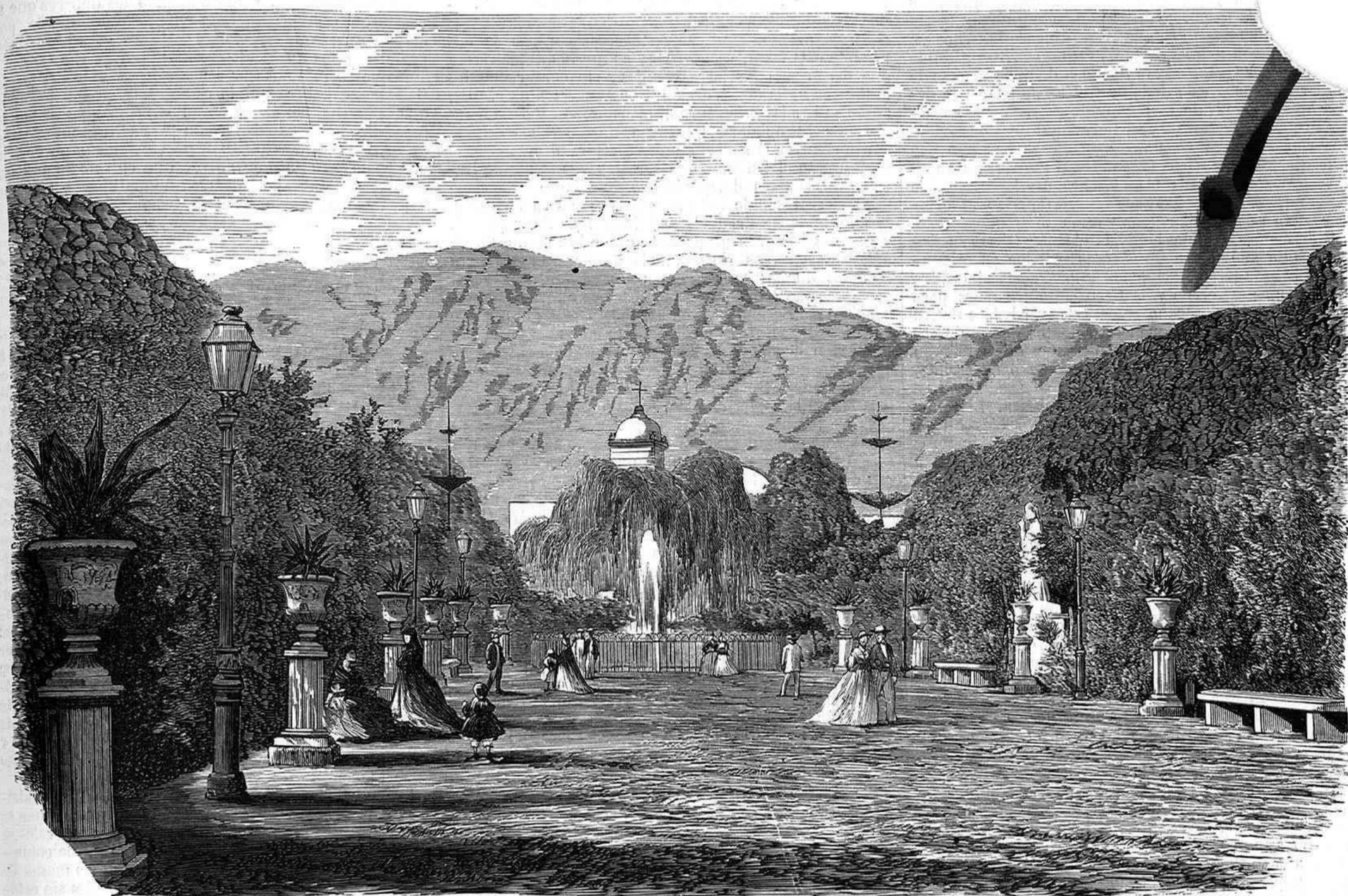
Pero no nos toca á nosotros en esta ocasion, otro papel que el de cronistas fieles y leales de lo que ha pasado en el Congreso, y aunque pudiéramos decir bastante, acerca del contrato de foro, de su origen, del cual pocos trataron con la debida claridad, y de los males que trajo y de los bienes que en un principio produjo, y de lo mucho que se espera á favor de la agricultura gallega, con la abolicion de las cargas que pesan como

una pesada mano sobre la propiedad territorial de Galicia, nos limitaremos á consignar lo que pasó dentro de un Congreso que puede llamarse gloria y honor del pais gallego.

Habíase creído que bastaria una ó dos sesiones para tratar la cuestion de foros, tan unánimes habian estado siempre los publicistas en creerlos perjudiciales y fuente perenne de nuestro malestar, pero el interés particular que hasta entonces no habia dejado oír su voz, levántola en tal ocasion, y se formaron dos partidos dentro del

Congreso, el de los que querian la abolicion de los foros, y los que sin atreverse á pedir su continuacion, sostenian el *status quo*, y esta discusion llenó todas las sesiones, digámoslo así.

El primer paladin de esta idea, y por cierto el mas hábil, así como el mas elocuente, fue el señor Obaya, abogado de Santiago, conocido ya por sus dotes oratorias, de las cuales dió tan buenas muestras defendiendo una causa, que sin ser la del que escribe estas líneas (aparte de algunos errores de hecho, fáciles en el calor



ESPEDICION AL PACIFICO.—PASEO DE LA ALAMEDA.—CHILE.

de la improvisacion), supo hacerla menos odiosa á nuestros ojos y estuvo en su oracion levantado y elocuente, pues hasta los sofismas que presentó supo vestirlos con un traje tal, que nos tuvo suspensos de su palabra. No sabemos por qué este señor no defendió mas sus ideas; pues á él le tocaba hacerlo y dejó á oradores de menos dotes el continuar una polémica á que él habia dado vida, levantándola del pobre terreno en que estaba colocada. Sí, la abolicion de los foros es una cuestion social, él fue el primero que allí lo dijo, y en esto mostró que sabia las consecuencias que traeria la abolicion: ¿qué significaría si no esta medida, si se tratase únicamente de los mayores ó menores inconvenientes de forma, que pudiera tener un contrato cualquiera? La cuestion de abolicion es una cuestion social, y tanto es asi, que la *ciencia social*, resuelve este asunto muy fácilmente, siquiera lastime intereses, los menos, y los que no deben ser tan atendidos en nuestro modo de ver. El señor Obaya opinó, que es conveniente la extrema subdivision de la propiedad gallega, pues decia, el labrador podrá retirarse á su casa en sus dias de amargura, y siquiera su hogar esté frio y desierto pueda decir es mio. Tales fueron, si no sus palabras, á lo menos, sus racionios. Nosotros, que aborrecemos la gran propiedad, porque deja convertido en simple bracero al que entre nosotros puede siquiera mal vivir independiente, no podemos sin embargo ser indiferentes á la enseñanza de los hechos. Young decia que nadie hay en Inglaterra que trabaje mas y lo pase peor que los pequeños propietarios. Irlanda es un elocuente ejemplo de lo que hay que esperar de la estremada division de la propiedad, y su estado es tal como nos lo presenta

Oliver, grandes terrenos reunidos á pequeñas porciones, que no son mas que miserables huertos de patatas, ocupados por mendigos.
En Francia es en donde la constitucion de la propiedad agrícola tiene mas de un punto de contacto con la de

Galicia, llegando hasta el caso de que si entre nosotros y en la provincia de Pontevedra como observó con toda oportunidad, nuestro querido amigo señor Rodriguez Seoane, hay propietario que paga 10 reales de contribucion, en el vecino imperio existen, segun Mr. Blan-



POMPEYA.—CASA CON BALCON CERRADO NUEVAMENTE DE: CUBIERTO.—FUENTE.

1000 de propietarios que poseen 120.000.000 de tierra. ¡Véase hasta qué punto puede llegar la subdivisión extrema en la propiedad territorial! La razón tenía Sismondi, cuando anatematizando se sucede en Inglaterra donde el dominio directo de la tierra,—pues es sabido que el arrendatario inglés *free holder*, equivale casi á nuestro forero y se considera como propietario de las tierras que trae en arriendo—está en poder de unos pocos, exclama: «No hay duda que los arriendos á *largo plazo* (que son casi nuestro foro) son buenos; pero las grandes labranzas, lo mismo que las pequeñas, son un gran mal, y el legislador debiera proscribir unas y otras.»

Si la memoria no nos engaña, el señor Obaya sostiene el *statu quo*, entre otras cosas, porque permitiendo al labrador poseer pequeñas propiedades, el cultivo se hace mas esmerado y la tierra produce mas; pero nosotros, si bien reconocemos esta verdad, relativa como todas, queremos que los productos de esas tierras alimenten solo á los trabajadores, y que no sirvan para sostener el boato y pompa (grande ó misérrima, en esto no entramos) de una clase no productora, á la cual es necesario obligar á que produzca. Librando pues, al trabajo de las inmensas insuperables cargas que sobre él pesan, y obligando á los no productores que viven de esas cargas perpétuas (en lo perpétuo está su iniquidad como con todo acierto dijo el señor Cuesta) á buscar en otros negocios el producto de sus capitales, y á no fiar la suerte y bienestar de sus hijos á unas rentas que una revolucion social puede declarar nulas.

El porvenir de la agricultura dice el ya citado monseñor Blanqui, es menos cuestion de método que de organizacion: por eso los que creen que el foro y demás cargas perpétuas que alligen la propiedad territorial en Galicia deben desaparecer, si se quiere que florezca nuestra agricultura, como sucederá el día que se vea libre de semejantes cargas, tratan á todo trance de que estas queden abolidas, que no se permita gravar la propiedad con rentas forales, rentas en saco y demás, y en fin, proclaman la *libertad de la propiedad*, como elocuentemente dijo el señor Rodríguez Seoane, uno de los oradores que combatieron la teoría del *statu quo*.

Algo debe haber sin duda en el fondo de esta cuestion, cuando viendo el giro que la discusion tomaba, se presentó en la mesa una proposicion firmada por varios señores, entre ellos el señor Poyan, que la apoyó pidiendo que el Congreso se sirviese declarar que la cuestion de abolicion de foros no estaba bastante estudiada, y que suspendiéndose por el momento semejante discusion, se nombrase una comision que tratase de allegar los materiales necesarios para tratar la cuestion con toda la amplitud necesaria, volviéndose á reunir el Congreso cuando lo tuviere por conveniente la Sociedad económica para tratar de este asunto. Desde luego se conoció que lo que se queria con esta proposicion era cortar esta discusion y aplazarla, que en nuestro pais equivale á dejarlo todo para las calendas griegas. Levantóse á combatir la proposicion el señor Montero, diciendo con bastante gracia que el señor Poyan habia declarado á los individuos del Congreso suspensos, y los mandaba á estudiar la cuestion. Siguiéronle varios oradores en el uso de la palabra, entre ellos el señor Rodríguez, joven abogado del Ferrol, que defendió tambien el *statu quo*, en un discurso, si no levantado, fácil y correcto, verdadero discurso de polémica, en el cual sostuvo las mismas aseveraciones que el señor Poyan en su largo y triste discurso.

¡Que no estaba estudiada la cuestion! bien claro demostraron conocerla todos cuantos se ocuparon de ella. ¿Qué mas querias añadir á lo dicho por mi buen amigo el señor Paz, poeta y abogado que honra Galicia, cuando en su correcta, aunque breve oracion, enumeró los males á que daban ocasion los foros, el terrible estado en que se hallaban nuestros aldeanos, foreros en su totalidad, y de los conflictos y gastos á que da lugar en las relaciones necesarias entre los dueños del dominio directo y los del útil? ¡Ah! dijo arrebatado de una honrada indignacion; males semejantes no deben querer que sigan los que tengan un corazon un poco caritativo.

Bastantes han sido los que se han ocupado de la cuestion de foros y demás cargas perpétuas que alligen la propiedad territorial de Galicia; casi todos se han pronunciado contra los foros, y pedido su redencion; tanto que puede decirse que era ésta la opinion de Galicia, pues no creemos que la ignorancia pueda tener opinion alguna fundada, y que esta sirva nunca de norma en negocio alguno. En otros tiempos, los que hoy defienden la perpetuidad del foro, mejor dicho su no redencion, sostenian al contrario la conveniencia del despojo. El padre Sarmiento, á quien no se le negarán ni conocimientos, ni compasion para el aldeano, ni amor acendrado hacia Galicia, en aquellos dias azarosos, cuando las religiones de San Benito y el Cister, y los grandes del reino pretendian reivindicar los terrenos que habian dado en foro, escribió un papel, que se puede ver en las obras inéditas de este ilustre benedictino, cuyo título, *Galicia, su miseria la ocasionan los que quieren que sean perpétuos los foros*, indica bien claramente el espíritu que animaba este trabajo, en el cual como en todo lo que se debe á este distinguido gallego, en especial, en las cuestiones prácticas, deben hallarse saludables consejos para el presente. Por nuestra parte, y como

uno de los que desean el adelanto de este pais infortunado, queremos que la cuestion de foros se plantee y se resuelva pronto. Dias de trastorno pacífico, si se nos permite esta frase, se acercan; las nuevas industrias á que darán vida los ferro-carriles, sin contar con los millones que la construccion de estos dejará en el pais, arrancarán á la agricultura muchos brazos, y debe tener presente el propietario, que causas ajenas á sus cálculos, harán cambiar la suerte de nuestra agricultura. Daráse muy pronto el fenómeno de ser mayor la oferta de terrenos que la demanda, que bajará el precio de los arriendos y con ellos el de los terrenos, y que será fácil muy fácil, que de la estremada subdivision de la propiedad, vengamos á la gran propiedad, cayendo en ambos perjudiciales extremos. No será malo tambien que se advierta á los dueños de la tierra que no la cultivan por sí propios, que todos los economistas dicen que la decadencia de la agricultura, en algunos paises (el nuestro es uno de estos), data de el momento en que el propietario se vino á habitar las ciudades, quedando el trabajador reducido á la mas dura esclavitud, y si esto no les es suficiente advertencia, que sepan que cada día es mas odiosa la explotacion del trabajo por el capital, y cada día tambien se trata de imponer al capital las trabas que una administracion compasiva no tiene mas remedio que imponer, si es que en algo estima la seguridad del Estado y los derechos de los mas.

Veán los que sostienen el *statu quo* en Galicia, lo que en sus *Lecciones de economia Industrial* dice Mr. Blanqui, acerca de la extrema division de la propiedad en Francia. Igual, idéntica, seria la pintura si tratase de Galicia, cuya propiedad dijo algun orador estar entre nosotros reducida á cantidades infinitesimales, asi como Blanqui dice estar en Francia pulverizada. Los males á que da lugar la usura que aqui como alli, la ejerce muchas veces el propietario, «con un instinto tal de rapacidad, añade Mr. Blanqui, que le honra bien poco,» la miseria á que es condenado sin remedio el labrador en años aciagos, y los resultados que esto trae al Estado y su riqueza, son lo bastante para que los hombres pensadores, denuncien los males, señalen sus remedios para que el legislador disponga lo que mas conviene á la sociedad, evitando las sangrientas conmociones que á la corta ó á la larga ha de producir un estado de cosas semejantes. ¡Los bárbaros no estan á las puertas de Roma! se decian los que pretenden que nada se innove, lo cual era cierto; pero nosotros podíamos responder. ¡Ay de ese día! los bárbaros entrarán en Roma y se harán dueños de ella.

Para todos aquellos á quienes anima un dulce espíritu de justicia, para todos aquellos que desean de todas veras los adelantos y prosperidad de este pais, para esos fueron escritos, los magníficos artículos que un distinguido jurisconsulto, de los primeros entre nosotros, el señor Castro Bolaño, ha escrito y publicado hace cuatro años en *El Correo de Lugo*. En ellos están puestos de relieve los males que dichas cargas perpétuas traen á la agricultura; allí se enumeran y se hace ver su estension, y se presenta tan profunda y asquerosa como es en sí la llaga que corroe nuestra propiedad. Muchos otros escritores han tratado este asunto, con mas ó menos fortuna pero ninguno con la estension y profundidad de miras que él; por eso hemos sentido, que su autorizada palabra haya faltado en el Congreso, cuando tal vez pudiera él solo inclinar el ánimo de los irresolutos en favor de tan útil y trascendental medida.

IV.

La cuestion foral ocupó la mayor parte de los dias que duró el Congreso y obtuvo ella sola el privilegio de animar las sesiones y darles vida. Estas aun tuvieron algun interés mientras se trató de los males é inconvenientes de la ley hipotecaria, mas la completa uniformidad de pareceres hizo que quedase terminada esta cuestion en dos sesiones. Completamente profanos diremos solamente que llamaron la atencion de los que entienden de semejante asunto, los discursos de los señores Cuesta y Muro, aquel diputado por Galicia que piensa llevar al Congreso no solo lo relativo á la ley hipotecaria, sino tambien lo tocante á foros y demás cargas perpétuas, y este último autor de unas aplaudidas observaciones sobre la ley hipotecaria.

Respecto á los últimos temas, podemos decir lo mismo; no hubo discusion, y los bancos del Congreso se despoblaron; no faltó sin embargo quien fuese á oír gustoso la fecunda y fácil palabra del señor Casares, uno de los primeros químicos españoles, cuya fácil palabra y clara exposicion de doctrinas y hechos, le hacen de aquellos hombres útiles para la cátedra, en donde brillan siempre por sus dotes de claridad y concision, que son las que resplandecen en las peroraciones y escritos de este distinguido hijo de Galicia. En aquellas sesiones tomaron parte tambien el señor Planellas, autor de un curioso libro sobre la flora de Galicia, y el señor Rodríguez Seoane, nuestro amigo y compañero antiguo, uno de los jóvenes de Pontevedra de mas fácil y florida palabra. Todo cuanto Galicia encierra de notable se reunió en aquel Congreso, y animados del mas vivo amor al pais trataron de que estas reuniones vuelvan á celebrarse sirviendo como de centro comun de donde partan las fuerzas que han de traer á nuestro pais la prosperidad á que es acreedor por la fertilidad de su clima y la laboriosidad de sus habitantes. ¡Que la Sociedad econó-

mica de Santiago, comprendiendo los deberes que su patriotismo le impone, haga cuanto le sea posible, porque se renueven tan notables discusiones y que estas produzcan los apetecidos resultados!...

No nos olvidemos que á pesar de su suelo fertilísimo, Galicia fue pobre, que lo es aun hoy, y que los males que la han traído á postracion semejante subsisten en pie. Sirva lo pasado de leccion para el presente, y que un mal entendido espíritu de provincialismo no nos ciegue hasta el punto de no ver que en estos momentos de regeneracion, no moverse, no marchar hacia adelante, es marchar hacia atrás y rapidísimamente.

M. MURGUÍA.

POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.

II.

Al desembarcar en la estacion se almuerza antes en la *Popina* de Diómedes: es una hostería contemporánea que ha tomado un nombre antiguo para agradar á los viajeros. Beberéis vino de Falerno, fabricado por Scala, el químico napolitano, y si pedís algun *Tentaculum* á la romana, os servirán un bifeck con patatas. Restauradas vuestras fuerzas, trepáis por la ladera ó ribazo de cenizas y escombros que os ocultan las ruinas; dareis vuestras dos pesetas en el despacho, y pasareis por la casilla del registro, tan estraña en aquel sitio. Cumplidas estas formalidades no tendreis nada moderno que sufrir sino á un guia con uniforme militar que os escoltará para vigilaros (sobre todo si pertenecéis al pais de lord Elgin), pero de ningun modo para desollaros. Rótulos escritos en todas las lenguas del universo os prohíben ofrecerle un óbolo. Entráis en plena vida antigua: libres sois como un habitante de Pompeya. La primer cosa que se observa es una bóveda y un nicho de una virgen; pero el nicho contiene una Minerva. Bajó la bóveda se abren grandes almacenes que probablemente servian de depósito. Se entra en una calle embaldosada que forma cuesta, se pasa entre el templo de Vénus y la Basílica, y ya se está en el *Forum*. Aquí es preciso detenerse.

A primera vista no se distingue mas que un cuadrilongo cerrado en el fondo por un cerro regular, que se eleva entre dos arcos. Carreras de árboles laterales se dilatan á derecha é izquierda, entre cañas de columnas y edificios destruidos. Acá y allá algunas masas de piedras indican altares derribados ó pedestales sin estatuas. El Vesubio, siempre amenazador, humea en el fondo del cuadro.

Observad mejor: las columnas estriadas son de piedra de Caserta, de toba ó de ladrillos revestidos de estuco, y están mas elevadas que la plaza, dos ó tres escalones. Bajo el escalon inferior corre una canal. Estas columnas sostenian una galería á la cual se subia por escalones estrechos y duros que han resistido al tiempo. Esta galería superior debió de estar cubierta. Las mujeres se pasearian allí. Una segunda fila de columnas probablemente interrumpida por los monumentos, reposaba en la otra.

El empedrado de la plaza sobre el cual se marcha aun, era de losas.

Allí se ven las ruinas del templo. Estaba elevado sobre un basamento (*podium*) y vuelto hacia el Norte. Se sube á él por un escalon que corta en el centro una plataforma donde tal vez se levantaria el altar.

Sobre el *podium* existen aun vestigios de doce columnas que formaban el pórtico anterior ó el *pronaus*. A derecha é izquierda del escalon, varios pedestales sostenian probablemente colosales estatuas. Detrás del *pronaus* se reconoce el sitio donde estuvo la plaza; no resta mas que el pavimento de mosaico y los muros. Vestigios de columnas, permiten reconstruir aun aquel santuario. Los muros cubiertos de estuco, ofrecen aun al observador bonitas pinturas decorativas. ¿A qué Dios estaria dedicado el templo que visitamos? A Júpiter, segun la opinion pública, que funda esta creencia en los fragmentos que se han encontrado de una estatua colosal, que pudiera muy bien ser la imagen del rey de los dioses.

Diversos miembros vaciados en piedra y bronce que no están rotos por sus extremos, como si perteneciesen á alguna estatua, sino perfectamente detallados y sin aparente fractura, se han encontrado entre los demás escombros; eran ofrendas, ex-votos.

De los dos lados del templo de Júpiter (es el nombre generalmente aceptado), se elevan, como llevamos dicho, sendos arcos. El de la izquierda es una puerta abovedada, que demasiado rebajada y estrecha, desarmoniza, sin saber por qué, la simetría de esta parte del *Forum*. El otro arco fue evidentemente una puerta triunfal; no quedan de él mas que el esqueleto de ladrillos, algunos nichos, y medias columnas; pero no seria difícil reemp'azar los mármoles y las estatuas que debieron decorar este monumento de bastante mal gusto. Tal era el fondo del *Forum*. Cuatro edificios considerables siguen en el lado oriental de esta plaza pública, estos son del Sur al Norte: el palacio de *Eumachia*, el templo de Mercurio, la sala del Senado y el Panteon.

Bajando de nuevo del Norte al Mediodía, el primer monumento que choca es un pórtico muy largo vuelto al Oriente sobre el *Forum*; se figura uno ver un *Pacci-*

lo, un museo, un divan, un circo, ó un granero; todas estas opiniones son aceptables.

Detrás del Pæcilo, se ven algunas habitaciones reducidas, muchas abovedadas, y por los esqueletos que se han encontrado en ellas, se ha deducido serian las cárceles. Mas allá se estiende á lo largo del foro el muro lateral del templo de Vénus.

Se entra en el templo de Vénus, patrona de Pompeya. por la calle vecina, que ya hemos atravesado. Hermosas ruinas, quizá las mas bellas de Pompeya atraen allí la atencion del observador.

Un vasto recinto (ó peribolo) encierra un pórtico de cuarenta y ocho columnas, muchas de ellas aun en pie, y el pórtico rodeando el *Podium*, donde se eleva el verdadero templo, la mansion de la diosa.

El altar colocado al pie del escalon que conduce al templo, frente de él, servia al parecer para depositar las ofrendas destinadas á la diosa, los frutos, las tortas y los incienso que se le ofrecian. Además de la forma del altar, una inscripcion encontrada y una estatua de la diosa, cuya actitud púdica recuerda la obra maestra de Florencia, autorizan, á falta de mas datos, el nombre que se ha dado á este edificio.

El último monumento del *Forum*, al Sudoeste, es la Basílica; la calle por que hemos entrado la separa del templo de Vénus. La estructura del edificio no deja duda alguna acerca de su destino, confirmado además por las palabras *Pasilica* ó *Basilica*, inscritas acá y allá por los ociosos con la punta de su cuchillo sobre las paredes: el nombre *Basilica* proviene de una palabra griega que significa Rey, y podria traducirse exactamente por... palacio real.

Vemos, pues, lo que era la plaza pública en una ciudad romana: un inmenso patio rodeado de los edificios mas importantes (tres templos, la bolsa, los tribunales, las cárceles, etc., etc.), cerrado por todas partes (aun se ven en las embocaduras ó salidas, rastros de puertas enrejadas), decorada, en fin, con magníficas estatuas, arcos de triunfo, columnatas... un centro de negocios y distraccion, un lugar de reunion y de paseo, el Corso, el boulevard antiguo, ó mejor dicho, el núcleo, el corazon de la ciudad.

Sin grandes esfuerzos de imaginacion, el todo se anima, se reorganiza, se levanta, por decirlo asi, y se llena de una multitud viviente y confundida; el pórtico y sus dos órdenes de columnas, rodean y coronan los monumentos reconstruidos; las mujeres inundan las galerias superiores; los ociosos, los paseantes, los presumidos, arrastran sus flotantes clámides por las baldosas, formando pliegues llenos de armonía y de arte; los mercaderes atareados apresuran sus pasos hácia el *Calcídico*; las estatuas se elevan magestuosas en sus repoblados pedestales; la hermosa lengua del pueblo rey, resuena, retumba armónicamente en silabas medidas en escandeos. Y el templo de Júpiter, elevado en el fondo, cual sobre un trono, ricamente adornado con la suntuosa y artística elegancia corintia, resplandece en toda su pompa á los rayos del sol.

M. M.

EL CEMENTERIO.

¡Allí está!... con su manto funerario
Cubre del hombre el último tributo;
Doliente, solitario,
Lleno de horrores y tristeza y luto.

Tras de la tapia do la hiedra crece,
Sombra haciendo á la hueca sepultura
Se ve flotar el sauce que se mece
Al ténue soplo de la brisa impura.

Trofeos de la muerte allí blasonan
Sobre el dintel de la terrible puerta;
Las tumbas con las tumbas se eslabonan
Al pie de los cipreses que coronan
Con rudo aspecto la mansion desierta.

La luz huye de allí; sus trenzas de oro
Recoge el sol del ancho firmamento;
Gime el rio sonoro;

No trina el ave, ni murmura el viento.
Huye la luz, y tétrica y sombría
Ostentando su aspecto moribundo
Queda entre tanto la mansion insana;

Y es que sin duda el luminar del dia
Quiere ocultar al angustiado mundo
El triste fin de la miseria humana.

Entre el verde follaje resonando
Se oyen lúgubres ecos funerales
Los humanos acentos remedando.

Tal vez sobre las losas sepulcrales
Alzase humana voz, que suspirando
Se eleva á las mansiones celestiales.

Mas no, que esos rumores
No son de los mortales
El misero gemido...

Es un hondo plañido
Que retumba en la fosa
Donde descansa la ceniza inerte,

Y que se pierde en la region lejana;
Es la voz apagada y temblorosa
Con que anuncia la muerte

En triste son la fúnebre campana.

Escondidos cipreses solitarios
Que al besaros las auroras daís al viento
Vuestros hondos quejidos funerarios;
Vosotros que creceis en las cenizas
De los que yertos en la tumba moran,
Y recogeis las lágrimas ardientes
De los seres dolientes
Que á vuestro pie sobre el sepulcro lloran:
Vosotros que del viento sacudidos
Parece que elevais al alto cielo
Los últimos gemidos
De los que dejan para siempre el suelo:
Prestadme á vuestras sombras un asilo
En donde pueda disfrutar el alma
De reposo tranquilo;
Quiero gozar vuestra imponente calma.
Yo me acerco á vosotros; ya mi planta
Con pasos desiguales
Va temerosa por el polvo inerte,
Y al son de vuestros ecos funerales
Cruzo ya por fatídicos umbrales
Del lúgubre palacio de la muerte.

Venerando silencio de las tumbas,
Seres que sois en inmortal reposo,
Augusta soledad, aire medroso
Que entre las hojas de los sauces zumbas;
Cruzando vuestras lóbregas regiones
Queda absorta la mente al contemplaros
Y el ánimo suspenso.
Como negras fantásticas visiones
Os ve flotar el alma compungida
En este mar inmenso
En que se pierde el rio de la vida.

Vedlas allí; las únicas señales
Que guardan de los muertos la memoria
Son esas inscripciones sepulcrales
Grabadas en la piedra mortuoria.
En unas lujo y vanidad se advierte,
Otras ya por el tiempo carcomidas,
Y todas bajo el manto de la muerte
Como revuelto enjambre confundidas.

Tal vez allí de la ramera impura
Hallais la negra maldecida fosa
Al lado de la blanca sepultura
De la constante enamorada esposa;
Tal vez el niño que en vergel lozano
No hollaron nubes su nacimiento auro,
Junto al tigre de garra destructora
Que ansió beber la sangre de su hermano.

¿Y es qué así de la muerte en la presencia
Han de hallarse sin linde ni medida
Del perverso y del justo la existencia?
¡Qué importa! en otro mundo
Se separan las huellas de la vida
Con límite profundo.

Muere el malvado con horrible calma,
Y la cálida brisa del averno
En derredor de su cádaver zumba;
Muere el que la virtud guardó en el alma,
Y los augustos brazos del Eterno
Dánle en el cielo luminosa tumba.
Muere aquel que viviendo indiferente
Pensar tan solo en los placeres pudo,
Y es olvidado como vil escoria;
Muere el que el genio levantó en su frente
O dió á su patria el pecho por escudo,
Y ese tiene por féretro la historia.

Todo descansa en paz; letal beleño
Aspira el corazon; perdidas yacen
Las mil pasiones que en corriente bella
Agitaron el mundo de los vivos;
Aquí, no ostentan, en su eterno sueño
Ni sus encantos la gentil doncella,
Ni su cetro los Césares altivos.

Mas ¡ay! que de los Césares la planta
Se indigna de pisar la sucia tierra
De estas moradas miserables y oscuras
Donde tan solo la humildad se encierra.
Ellos huyen las pobres sepulcrales
En que se esconde multitud bastarda.
¡Y aquí descansa el justo!

¡Ellos huyen de aquí... pues les aguarda
En régio panteon sepulcro augusto!
¡Miserables! ¿Qué son ante la muerte,
Que ni grandezas ni poder perdona,
Ni el que al mundo venció con brazo fuerte,
Ni el que al arrullo de la amiga suerte
Ciñó orgulloso la imperial corona?
Recuerdos, en la noche de los tiempos
Vagando con las sombras confundidos,
Mudos espectros de la tumba helada,
Horribles esqueletos carcomidos,
Polvo... ceniza... podredumbre... nada.

¡Oh Dios potente! el pensamiento mio
Que á la ancha esfera centellante sube,
Mira el espacio como inmensa tumba,
Y á tí velando tras la densa nube
El cádaver del mundo, que sombrío
A la nada insondable se derrumba.
Tú enjugas de los miseros el llanto;
Y tú llenas de fúnebre misterio

Este lugar de los sepulcros santo
Cuando rauda en el éter suspendido
Desciende por el cóncavo hemisferio
El rojo sol que en los espacios arde
A quedarse dormido
En el blanco regazo de la tarde.
Aquí del loco y bullicioso mundo
Enagenado el ánimo se olvida,
En esta santa y venerable calma.
Aquí contemplo en éstasis profundo
La nada de la vida
Y lo grande del alma.
Ardo en ansias de darte mi existencia
Bañado al verte de fulgúreo brillo;
Aquí, señor, bendigo tu presencia;
Aquí, mi Dios, á tu poder me humillo.

RAFAEL SERRANO Y ALCÁZAR.

El martes se reunió la mayoría de los pintores que piensan presentar sus obras en la próxima esposicion, y que reúnen las circunstancias exigidas para formar parte del jurado. La reunion se celebró en los salones de Capellanes, y tuvo por objeto ponerse de acuerdo para la candidatura que han de votar en su dia. Constituyóse la mesa bajo la presidencia del señor Van-Halen, y haciendo de secretarios los señores Casado y Manzano, y despues de una formal discusion y de las votaciones consiguientes, quedó acordada, á satisfaccion de todos, dicha candidatura, que segun parece se compone toda de profesores de bellas artes. Todos los concurrentes se comprometieron á votarla, y nosotros deseamos que prevalezca, para que siquiera una vez haya un jurado compuesto como debe ser, esclusivamente de artistas.

LAS HUELGAS DE PARIS.

(CONCLUSION.)

Al propio tiempo llegaban todos los personajes actores y testigos de aquel juego estudiado de artificio.

—¿Con que es decir, señores, exclamó Berryer con destemplado tono, que todo esto ha sido una farsa miserable, sostenida á costa de mi amor propio?

—No se hable aquí de amor propio, donde está el mio; si hay alguno ofendido, es él, y perdonando como lo hace, se eleva á la verdadera altura de su nombre.

El que así hablaba era el padrino de mi contrario, cuya voz plateresca y sonora tenia una magia para mí indecible.

—¿Sabeis, Horacio, con quien os habeis batido? interrogó aquel hombre, cuya voz simpática parecia tener pendiente de un hilo mágico la atencion y la curiosidad de todos los oyentes.

—No tengo el honor de conocerle, sino de nombre y de vista, pero no de trato, contestó el aludido, dominiéndose algun tanto.

—Os equivocais lastimosamente, si os referis á la persona que os ha retado: vuestro contrario en el duelo ha sido mi hijo, vedle, ahí se adelanta á cogerse la mano: no se la rehuseis al pobre muchacho, que sin dejar de estimar la honra de su apellido, os estima como á un amigo y como á un colega de redaccion.

XIV.

En efecto, nadie habia visto hasta entonces, á escepcion de su padre, al bizarro jóven que se adelantaba riente y gracioso para abrazar á Mr. Berryer, el cual no pudo menos de sentirse visiblemente conmovido.

—¡Mr. Dumas! exclamó en el transporte de una sorpresa locamente sublime.

Alejandrino, pues tal era, correspondió por su parte á aquella exclamacion con otras frases afectuosas.

—Y ahora, dijo Mr. Dumas, padre, debo á estos señores una esplicacion sencilla de mi conducta en este lance. Este caballero—refiriéndose á mí con un cortés saludo—estranjero y sin los antecedentes necesarios para ciertas cosas, se permitió en un artículo bien calculado descender á pormenores verdaderos en el fondo, sí, pero mal apreciados en la crítica inocentemente estraviada y ofrecida al público que ha buscado allí mas de un punto vulnerable, para zaherir mi nombre tan diversamente juzgado. El hecho reconoce un principio honroso y justo, el haber dado mi nombre á una de las mejores novelas de mi numeroso catálogo; *Las dos Dianas*, que si no la he escrito, la he revisado cuidadosamente, ajustándola al patron de mi estilo, con cuya accion tuve ocasion de salvar una necesidad apremiante, haciendo felices á dos seres enamorados, mediante la suma de 30,000 francos que merced á este ardid produjo el original y que cedí á su autor por entero á trueque de su gratitud, que aun no se me ha desmentido. Si en ello ha habido culpa, yo la admito, bastándome en cambio la grata satisfaccion de haber hecho una obra buena y meritoria, y si algo me duele, en este instante, es la violencia que me hago por revelar una accion en lauro mio y que yo quisiera haber dejado desconocida: os ruego, pues, que andeis discretos y que en cambio de mi intencion, no traspase



ESCAVACIONES EN UNA CALLEJUELA DE POMPEYA.

este lance los límites de la confianza y de la buena fe.

Ahora bien: faltaba un imprudente, que ofuscado por un vano deseo de complacerme ó acaso mas bien por hacer sonar su oscuro nombre en una esfera siempre odiosa y repugnante al buen sentido, trató de tomar por suyo el pretendido agravio, y para ello me pidió permiso, que le negué al punto, afeándole al paso su arriesgado proceder, que debiera traer el escándalo y la mengua hácia mi nombre, calificado ya há mucho tiempo, segun dicen, de filántropo y generoso. Aquel hombre, en quien adiviné al despedirle con frialdad, una resolución contraria á mis consejos, fué á buscar á Mr... autor de mis *Dos Dianas* (el pretendido abate se inclinó con gracioso respeto, puesto que de él se hablaba) y quiso arrancarle la autorizacion que yo le negara, y el cual, avisado oportunamente por mí, reprodujo á su vez mi negativa, dejando doblemente desairado al importuno.

Pero su obcecacion convertida en punto de orgullo no parecia ceder: fue necesario, pues, no perderle de vista, y le espíamos.

Llamábase Mr. Vaudry, escribiente mio y al cual he tenido á bien destituir del empleo, retirándole el sueldo y plantándole luego en la calle, por no haberme obedecido y mas aun por haber anticipado á sus planes aéreos una publicidad tan triste como desgraciada, y que habiendo llegado á nuestra noticia, era natural que le siguiéramos la pista.

Sabedores, pues, de su propósito y del concierto del duelo, hubo medio de avisar á un comisario imperial de policía, quien se encargó con la mayor finura del arresto del casquivano jóven, poniéndole á buen recaudo mientras se cura de esa manía singular de tomar asuntos ajenos como propios.

XV.

El pretendido abate cogió mi mano y la de Horacio y las apretó con visible emocion.

Tambien aquel hombre nos perdonaba.

—Ahora bien, continuó Dumas, si no importa á nadie que yo apadrine mis *Dos Dianas*, á fin de acrecer su valor é importancia aun á costa de mis desvelos en su refundicion y reforma, tampoco debe importar á persona alguna que haya creado asimismo en colaboracion de Mr. Augusto Macquet mis obras favoritas los *Tres*

mosqueteros y el *Conde de Montecristo*. Ambos, es cierto, tenemos en realidad igual participacion en ellas; pero ¿qué quereis? revelo el capricho sin sonrojo: nos convenimos en formar dos lotes preciosos, el producto material de los originales y la honra del nombre que me correspondió á mí darles y que prefiero en toda conciencia á las cuantiosas sumas que ha explotado Mr. Macquet y le han enriquecido, colocándole en posicion de hacer frente á cualquier contratempo.

«Pero volvamos al caso. La tempestad que nos ha arremolinado en este punto, debía concluir por una bonanza placida y satisfactoria, á la cual uno de mis originales caprichos debiera revestir de una escentricidad cualquiera que sin consecuencias fatales nos proporcionase un rato de solaz y esparcimiento. He querido presentar la decoracion de este paso cómico con todos sus accesorios; ya lo veis, padrinos, testigos, cirujano y cura: la asistencia no hubiera escaseado, puesto que mi prevision habia llegado hasta allí; y al colocar á mi propio hijo en el sitio mas peligroso del lance, si bien en la persuasion de que la carga inocente y simple de las pistolas, no podia ocasionar la mas mínima lesion á nadie, al paso que he podido graduar el temple de vuestro corazon, Horacio, que obrábais en sentido formal, me complazco en reconocer de nuevo que no hay momentos mas felices en la vida que aquellos en que se ama y se perdona. Hé aquí, pues, señores, esa incomprendible antítesis que media entre mis dramas escritos y los de accion propia, entre la teoría y la práctica que hace pesar sobre mi nombre una incontestable censura: los primeros, es verdad, chorrean sangre y crímenes, falta que mi amor propio atribuye á veces al deseo de imitar el romanticismo de Victor Hugo, al paso que las segundas, es decir, mis acciones, llevan siempre el sello de la clemencia y la filantropía.

Y ahora, prosiguió, fundido su noble corazon entusiasta en una alegría radiante y pura, todo queda borrado á escepcion del grato recuerdo del desenlace de esta jornada memorable; que ese mismo recuerdo establece un olvido de pueriles agravios que empequeñecen los corazones y que solo abriga las almas vulgares, y sea este abrazo el lazo fraternal que selle nuestras simpatías y voluntades.

Abrazónos uno por uno, y todos á nuestra vez por

un efecto naturalmente espontáneo, le imitamos. Todo se habia borrado ya, y solo podia decirse que quedaba un contagio de amistad reciproca. Abracé tambien á mi fingido contrario, y el rubenso jóven me devolvió una sonrisa en cambio graciosa y picaresca.

Horacio se atrevió á interceder por la suerte del provocador, y Mr. Dumas se comprometió á negociar su libertad, ofreciendo bajo palabra de honor ir al dia siguiente á hablar en tal sentido al ministro.

—Es mi ánimo, dijo, borrar toda huella desagradable de esta ocurrencia y reunir á todas las personas que han tenido una parte cualquiera, por mínima que sea, en ella, en una orgia que pienso prepararles en mi castillo de Montecristo, para cuyo caso aprovecho esta ocasion incidental y oportuna de suplicaros, señores, que os digneis honrarme con vuestro concurso.

XVI.

Admitimos la oferta á condicion de que se nos pasarían oportunamente esquelas de aviso, y nos retiramos á nuestros carruajes respectivos.

Mr. Dumas, despues de haber subido á su cabriolé, en compañía de su hijo, y puesto ya en movimiento, dió una órden en alta voz, que oimos nosotros desde el nuestro á gran distancia.

Vimos al punto retroceder al vehículo, que llegó hasta el mismo embarcadero, y allá á poco oimos el chasquido sonoro de un cuerpo pesado que cae al agua y se zambulle en ella.

Era Dumas, padre, á quien se habia ocurrido el raro capricho de tomar un baño nocturno.

—No os riais, dijo el cirujano Lepelletier con un aplomo científico, verdadero aire magistral que no sentaba muy bien con la opinion general de los oyentes; no se trata de una locura, señores, sino de un recurso altamente saludable y transpiratorio. Dumas que es médico y sabe de todo, hasta de hortelano, se ha prescrito espontáneamente ese medio heroico de combatir ciertas dolencias, y es menester concederle la razon y el acierto.

Y á la primera invitacion que les hicimos, Lepelletier y sus dos compañeros, apremiados por la necesidad, subieron al fiacre, aun á despecho de las blasfemias del cochero, á quien la esperanza de una pingüe gratificacion ofrecida obligó á callar y conformarse.

Al partir, oimos la gigantesca voz de Alejandro Dumas que reñia con su hijo por no querer acompañarle en el baño.

—Está visto, señores, dije á mis compañeros, aventurando una opinion tal vez demasiado franca é ingénuo; ese hombre debe padecer los achaques de todos los sabios.

—¿La prevision? preguntó Lepelletier con su voz meliflua.

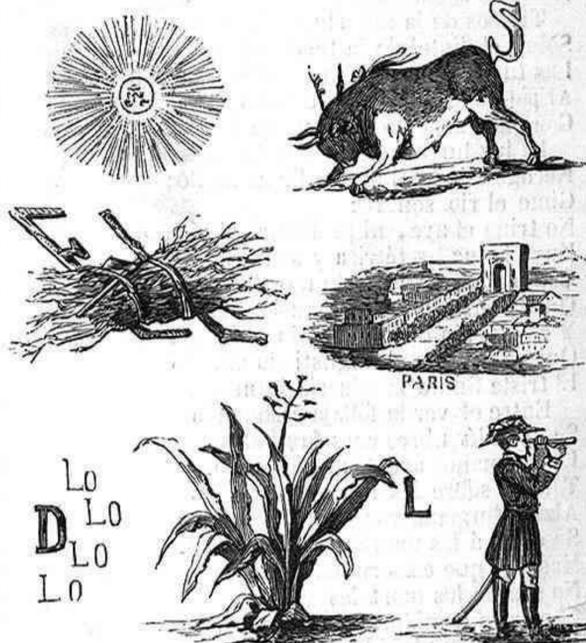
—O la locura, repuse.

—Tal vez os engañeis, amigo mio, exclamó Mr. Beryer con sutileza; ese hombre, si tiene en su abono un doble privilegio, es el de la incomprendibilidad y el muy raro de trastornar á los demás el juicio.

El fingido sacerdote soltó una carcajada estrepitosa, y los demás no pudimos reprimir el deseo de imitarle, como lo hicimos, mientras el fiacre pesadamente arrastrado por sus dos jamelgos despiadadamente hostigados por el cochero, avanzaba por la umbrosa avenida de los Campos Eliseos.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

GEROGLÍFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE. D. JOSE GASPÁR.
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.